

se revolcaba por el suelo. Zuloaga nombraba el árbol de Guernica, y aquello era un campo sembrado de pincelitos de marta, de tubitos, de lacas inglesas extrafinas, de acuarelas relamidas, todo tan revuelto delante de un santo del Guirlandajo que el buen santo parecía sonreírse de aquel terrible siniestro.

 XI

El monte de los cipreses

Desde aquella caída y atropello de la inglesa, Zuloaga se nos había puesto triste.

Apenas probaba bocado, hablaba poco y en tono lastimero, quejándose amargamente de las miserias humanas y terrenas, nombraba suspirando el árbol viejo de Guernica, fumaba mucho, apenas sacaba el Greco á relucir y no quería entrar en el museo por no ver aquel campo de la pasada batalla.

Bien procuraba distraerle, diciendo que la inglesa podía estar contenta de no tener otras caídas que aquella; que el mundo es una cosa frágil de sí; que otros han caído de pulpitos mucho más altos y han caído moralmente; y que ya que su cuerpo no había recibido quebraduras de huesos ni magulladuras de músculos, que levantara su espíritu, que cuasi era un bien para el arte el echar á perder una acuarela.

No, señor. No había medio de restablecerle en su

antiguo estado *psíquico*. Se paseaba por las orillas del Arno, meditaba, volvía á pasearse y á meditar de nuevo. En cuanto veía á un inglés se ponía nervioso, lo que quiere decir que lo estaba todo el día; hasta que, en uno más claro que los demás y más brillante, acordamos ambos salir al campo, ver paisaje, probar tierras nuevas y nuevos puntos de vista para tratar de acabar con tanta murria y con tanta convalecencia.

Fuimos á Fiésole. Fuimos al país de Mino y Fray Angélico; á la antigua ciudad etrusca, á la montaña que veíamos detrás de las torres de Florencia y que, con su sobria y severa vegetación, nos prometía gran cosecha de emociones; fuimos al monte querido del Dante, al cerro de los poetas florentinos, al Olimpo del renacimiento italiano, á la tierra en que cada árbol tiene su historia, y sus recuerdos cada piedra, y nos es imposible describir el entusiasmo con que fuimos.

Respirar el aire de la sierra, cuando se siente la fatiga feliz de ver obras maestras; respirar Naturaleza, cuando llega el mareo de las obras de los hombres, es cosa que el corazón agradece; pero si ese aire que se respira viene, además, impregnado de nobleza del paisaje, de aroma histórico recogido con el roce, entonces la vida entera se concentra en los pulmones para sentirlo de cerca y deleitarse. ¡ Con qué alegría trepamos por la montaña! ¡ Con qué voluptuosa sensación sentimos que el sol nos bañaba con su dulce calor de naciente primavera! ¡ Con qué avidez abrimos las puertas á los sentidos, á fin de que ni un rayo de luz, ni un sonido, ni un aroma, escapara á nuestros oídos, á nuestra vista, á nuestro

olfato, atentos á quererlo gozar todo ! Aquella montaña entrevista, la teníamos allí, la tocábamos, la poseíamos y aún la queríamos más. Allí empezaba el paisaje á desplegarse, á hacerse paisaje por obra de su hermosura, á embellecerse con la mayor lozanía. Un valle á cada lado ; y qué valles ! un valle verde de olivo, verde gris con tonos de paisaje antiguo, verde violeta más lejos, verde mate, verde siempre, con toda la gama dividida al infinito ; espesuras á cada lado, impenetrables al sol ; ramos de árboles ceñudos y fornidos del tiempo de los Médicis ; puñados de frondosidad ocultando palacios floridos de columnatas como fondo de Veronese ; casitas blancas y azules como fayances de la Robbia ; y cipreses, cipreses á millares, en bosques, en grupos, en filas, escalonados, solitarios, delgados unos como espadas, robustos otros como torres de verdura, despeinados estos y mostrando su esqueleto, lisos y como bruñidos aquellos, y todos vestidos de luto, todos de un verde muriéndose abrazado con el azul ultramar ; todos dando á la montaña un aire de nobleza antigua, de paisaje de museo, de paisaje con pátina á lo Leonardo de Vinci.

¿ Y el cielo, y las montañas de lo lejos ? y las ermitas, y monasterios sembrados como puñado de trigo, tirado allí, con los aciertos del hombre y de la casualidad, puestos de acuerdo ? A cada paso, á cada instante, había algo que nos llamaba con sus silencios de armonías, con sus sorpresas de colores, con sus cantos de luz maravillosa. « Aquí en este rincón nos quedamos á vivir, nos decíamos. No, en ese otro, ó en aquel, ó en todos, ó ; ay ! en ninguno ;

que no tenemos vidas para poder repartirlas como hubiéramos querido ; á cada paso, un nuevo grupo de árboles, una cuesta, un recodo, un ruido de vivienda entre follaje, nos hacían exclamar y detener : « Aquí dibujaremos este trozo y aquel y aquellos y todos juntos, ó ninguno tampoco, que tampoco teníamos manos para hacer tantos dibujos. A cada paso, no hubiéramos dado ni uno más, quedándonos contemplativos ; pero íbamos subiendo hacia Fiésole y penetrábamos en aquel bosque de cipreses, en aquel cementerio sin tumbas, mezcla de selva y de jardín, sintiendo abandono y cuidado al mismo tiempo. Subiendo siempre, veíamos pasar por los olivos estremecimientos de plata al contacto de la brisa ; veíamos allá, en el verde mar del fondo, llamaradas de primavera que llegaban trayendo una lluvia de flores ; más cielo veíamos cada vez y cada vez más azul, y debajo de su hermosura descubríamos Florencia, que iba bajando envuelta en diáfana humareda, perdida allá á lo lejos como una aparición de otras edades, apenas indicada como niebla vibrando las cúpulas al contacto de la luz como luz misma, reclinada en el Arno que salía de su boca contando su leyenda como cinta de retablo, y entre montañas coronadas de cipreses también, como la que íbamos subiendo, hasta la hermosa y deliciosísima cumbre.

Allí está Fiésole, la antigua Florencia etrusca, convertida en pequeñísima aldea mirando la nueva Florencia á lo lejos ; la madre patria, mirando la patria hija, satisfecha en su vejez de verla crecida, admirada y colmada de bellezas. Forma el pueblo de ahora una plaza en medio de la meseta, su igle-

sia bizantina guardando dos joyas legadas por Mino ; un pequeño museo con los objetos encontrados al azar en aquel suelo pedregoso de recuerdos, su convento en lo alto, retiro íntimo con vistas al cielo y á la tierra, algunos palacios de desolados paredones, cipreses y murallas y quietud y ruínas.

A ellas nos fuimos á soñar en el pasado y á respirar aire impregnado de olor de musgo, á meditar quizás y á sentir ese abandono que sólo se halla allí donde se agarra voluptuosa al negro muro la yedra. Al pie de la montaña, frente al cielo, con vistas á términos infinitos, allí encontramos las ruínas de un teatro de los romanos ; allí están los pasillos sin techo, con las entradas sin puertas ; las gradas roídas y gastadas ; la rotonda de los músicos, llena de trozos de capiteles y columnas ; los cuartos de los actores, llorosos de estalactitas y nido de lagartos y serpientes ; pero en cambio allí, en vez de la escena, que yace en montón de escombros, se extiende el panorama de la vida, el gran drama de las nubes, la eterna decoración de la gran Naturaleza. Solos allí en aquel teatro sin techo, sin temores, sin luz mezquina ni torpes vanidades, teniendo todas las gradas nuestras, los palcos todos, y el teatro, solitario, tan sólo para nosotros, nos tendimos á mirar allá á lo lejos la espléndida decoración sin rompientes ni telones, abierta siempre á la contemplación del hombre. El espectáculo aquel día era un cielo sereno, claro como un espejo de cielo, adornado de nubes blancas persiguiéndose, alcanzándose, volviéndose á separar como un rebaño ; de montañas azules, de frondosidades como manchas de cobalto, de valles recogidos á la

sombra, de casas y pueblos señalados como con yeso sobre fondos de violeta, del lecho amarillento de un río serpenteando inconsciente y buscando la llanura ; espectáculo de siempre, y siempre distinto, visto desde aquel teatro caído, servil imitación del que queda eternamente !

Levantámonos, y acompañados de un fraile pálido y flaco como el San Francisco de Cano, visitamos el convento, colgado en la montaña como un nido. Con paso quedo y sin ruido, como temiendo despertar la oración de sus hermanos, iba el fraile guiándonos con sigilo, hablando con labios de rezo, abriendo las puertas lentamente y quedándose en el fondo, aguardando silencioso. Mostrónos primero la iglesia, arrodillándose en cada altar, que adivinábamos oculto entre la negra penumbra ; luego el coro, retirado en el ábside, blanco y sencillo, con algún cuadro ennegrecido y borrado el asunto detrás de un barniz gastado, con las sillas bruñidas por el roce de la oración, con un Cristo en lo alto, moribundo ; más allá, un claustro pequeño como un patio de Granada, sin estorbos de arquitectura que detengan el pensamiento en la tierra, sereno como el cielo, tranquilo como un canto llano, de líneas sin molduras ni relieves, y cerrando un pequeño cuadro de yerba, algún rosal larguirucho, lirios y adelfas y flores descoloridas ; más allá, celdas oscuras y corredores estrechos, con la grave silueta de algún fraile paseándose cabizbajo ; más lejos, la capilla de los rezos, capilla íntima y blanca, pequeña y adornada como por manos de niña, alegre y bañada de sol entrando en sus altares por tres estrechas ventanas cuajadas de tiestos

de flores, flores contentas, brillantes de claridad, tomando puesta de sol y aire libre de la sierra, felices de vivir en aquel estrecho encierro ; luego, el cementerio y el huerto, sombreados igualmente por cipreses sin distinción de alegrías ni tristezas, y la anchurosa terraza dominando Florencia allá á lo lejos, sin que su voz de populosa ciudad turbe la paz de aquel tranquilo retiro.

Empezaba ya el sol á bajar por la llanura y la calma era solemne en aquel sitio. Apoyados en la baranda, mirando la vida á lo lejos con el fraile, le dijimos: ¿ Estais contento de la soledad que os rodea ? Mirónos, mirónos largo rato pensativo, y pensativo nos dijo : La única tristeza que siento en este santo retiro, es tener que bajar de esta montaña y andar por el mundo de los hombres. ¡ Es tan hermoso *escoltar il vento* !... y eso de escuchar el viento, lo dijo con tono tan melancólico y sincero, que pareciónos que el viento tenía voz, que con él no existe la soledad, y estuvimos largo rato *escuchando* la llanura, oyendo ecos opacos, voces sin voz que nos tenían clavados, mudos y absortos en aquella gran terraza.

Por fin, los cipreses empezaban á dorarse, y bajamos hacia el llano. Pasamos por una angosta pendiente, cerrada por dos paredes, coronadas de árboles, que, asomando, dejaban adivinar espesos bosques y jardines, cuya exquisita fragancia llegaba como bálsamo de hierba; lianas en cascada, pendiendo desmayadas, desbordando de parques repletos de intrincadas espesuras y troncos de almendros tapizando el torrente de flores blancas y

rosadas. De vez en cuando, por una verja abierta en el camino, veíamos un paseo de cipreses, altos y unidos, formando espesas murallas, con sus largas líneas de sombras dibujadas en el suelo por el sol suspenso en el firmamento y rayando ya las crestas de las últimas montañas ; paseos desiertos, ocultando allá en el fondo alguna *villa* íntimamente abrigada, acurrucada entre pañales de verdura ; ventanas entre enredaderas agarradas á los muros, algún fragmento de sencilla arquitectura y el tejado humilde lleno de manchas de sol ; veíamos alguna estatua de mármol, bañándose en surtidores, delfines escupiendo agua, caballos marinos nadando entre musgo y lirios, sirenas teñidas con tonos de ocre, con manchas negruzcas y con pátina de abandono ; veíamos otra vez el Arno más plateado que antes, y Florencia destacándose como un agua-fuerte viejo, con sus cúpulas recostadas, sus torres, sus monumentos, y sus casas lanzando reflejos de oro, y por aquel camino hermoso llegamos al fondo del valle.

Allí, en aquel punto venturoso, en aquel sitio de paz, pasóse el místico Beato Angélico, en convento Dominicano, quince años trabajando como quien cumple una misión sobre la tierra ; los mejores quince años de su vida pasados entre ensueños y arrobamientos de luz, de inspiración y visiones, consultando aquel cielo en demanda del otro definitivo, aquellas nubes, aquellas frondosidades ; elaborando sus retablos en su claustro oculto en aquel valle delicioso, lejos del mundo y de sus torpes exigencias, separado de su ruido y tentaciones y no soñando más que en su arte que ofrecía á la Virgen,

á su dulce enamorada, como ex-voto; y de aquel místico estudio con ventanas á la gloria, de aquella celda-taller, con luz cenital del cielo, salieron la « Coronación de la Virgen », « Las beatificaciones de los justos », « La conversación de los santos », las filigranas de sentimiento exquisito, colgadas hoy en los museos para admiración del hombre.

Era tarde ya cuando entramos en la iglesia del convento. Apenas se veían las paredes y los altares eran manchas de sombra; la bóveda, una bóveda de noche sin estrellas, y las ventanas en lo alto eran ojos apagados, ojos sin luz, cerrándose y durmiéndose con el día. Allá en el coro, vimos una mancha oscura, que era el cuadro del Angélico, y nos sentamos delante, tratando de adivinarlo. Poco á poco, apagándose lentamente el sol que llevábamos impreso en nuestra retina, vimos iluminarse la tela vagamente, salir de las tinieblas como llevando la luz en sus colores; vimos una Virgen azul, una cabeza inclinada y vaporosa, la sombra indecisa de un niño y unos Santos derechos, con los ojos levantados; vimos destellos de oro en medias tintas finísimas y vimos un rayo de sol entrando por la alta ventana de la iglesia; le vimos caminar, como una lengua de espada, por el muro y posarse, en fin, sobre la Virgen y bañarla con un beso de postrera sensación: el último del Sol despidiéndose vibrante de aquel espléndido cuadro y de aquel hermoso día.

Al salir dormía la tierra suavemente.

Solo el reflejo violeta del ocaso lanzaba las postreras bocanadas de armonía, las últimas pinceladas precursoras de la sombra.

Florenzia, allá en el fondo, encendía los faroles;

las casas se abrigaban más aún, en los pliegues de sus jardines misteriosos; empezaban los ruidos de la noche, los santos silencios del descanso; cesó la brisa, y los olivos parecieron reclinarse, y levantarse más los cipreses.

Ellos con su tristeza, parecían seguirnos, colocados sin fin, cual centinelas á los lados del camino. Les vimos aún largo rato, rectos y recortados sobre el gris mate del cielo, como pedruzcos ciclópeos; les vimos luego confusos como soñados fantasmas y les vimos, por fin, perdidos y rodeados de estrellas.

XII

Las nieves perpetuas

Hacia cerca de un mes que estábamos en Florenzia.

Una noche, allá en los dibujos del plafón de nuestro cuarto, entre el follaje de unas plantas que daban uvas por fruto, y entre unas nubes pintadas con gran espontaneidad, pareciónos ver dibujada nuestra isla. Cerramos los ojos para dormirnos, como tenemos por costumbre desde hace tiempo, y como un punto luminoso en la pupila, la vimos más claramente todavía y más diáfana, llamándonos á su regazo con una dulce insistencia, tan difícil de explicar, que no seré yo quien la explique.

No sabíamos por qué, pero empezábamos á sentir el mal de obra maestra, un deseo de ir á digerir